

HISPANIA





L. de JONGHE

L. DE JONCIÈRES. — LA CANCION DEL BOHEMIO

LOS JARRONES HISPANO-ÁRABES

SR. D. JOSÉ RAMÓN MÉLIDA

MI MUY ESTIMADO AMIGO :



Figura 1.ª

No se diría que los catalanes, ni aun los regionalistas impenitentes, menospreciamos las cosas buenas de España, si por ahí fuera de Cataluña se supiese como en ella estudiamos y apreciamos en alto valor sus antiguas artes. Voy á dar muestra de ello y ofrecerla á su buena y vieja amistad.

He visto el otro día su artículo sobre los jarrones incomparables de loza hispano-

árabe, de la que se supone de Málaga, y se me ha ocurrido repasar mis papeletas de apuntes, porque me pareció que tenía noticia de alguno más de los por V. descritos, y brevemente voy á apuntar esta noticia.

Á ocho ascienden los vasos de esta especie de que yo tengo fotografía, apunte ó nota. Puede estudiarse en estos algún ejemplar entero, otros mutilados, ó fragmentos de ellos. De uno queda solo un dibujo con muy poco carácter. De otro no tengo más que mera noticia sin comprobación.

El más notable indudablemente es el llamado de la Alhambra, que se conserva en el museo de fragmentos de aquel palacio. Adjunta doy una reproducción fotográfica (fig. 1.ª) que del mismo hicimos con Mariezcurrena (Q. D. H.) sobre el original en 1883. Mide el vaso 1'34 m. de altura. Está barnizado de blanco y los adornos hechos á pincel, á dos colores, melado y azul cobalto. No tiene dorado metálico, pero si irisaciones ó reflejos que sobre el color melado dan á distancia el efecto de oro viejo. Parece obtenido todo el decorado en una sola cochura y no se puede dar efecto más rico y más finamente artístico que el que esta decoración produce.

Igual sistema de adorno tienen, más ó menos simple, todos los vasos restantes del mismo origen.

De la Alhambra dicen que también procede el fragmento de vaso de la fig. 2.ª, que ví en el Museo provincial de Granada. El barníz es blanco verdoso, muy deteriorado, y sobre él se distinguen restos de adornos muy finos, también de color melado. Este, como todos sus hermanos

conocidos, era de gran tamaño. El fragmento mide 0'80 m. de altura.

Igualmente á la Alhambra pertenecía otro gran vaso, desaparecido hoy, y del que dan noticia varios autores. Debió ser este vaso uno de los que vió Bertaut de Rouen en los Adarves del Palacio el año 1659 y que se conservaba en 1767, época en que se hizo un dibujo del mismo y de su compañero hoy existente, pero con tan poco carácter uno y otro que con dificultad se reconocería por ellos la autenticidad de los vasos. No obstante, como el dibujo del hoy existente es tan desgraciado como el del desaparecido, puede colegirse que fueran piezas dignamente parejas. Hechas estas reservas, reproduzco el facsímil del grabado del vaso desaparecido (fig. 3.ª), tomándolo de una vieja obra: « Antigiiedades árabes de España. » Atribúyese el dibujo al académico de San Fernando, Lozano, y del mismo han hecho reproducciones Laborde, Murphi y otros. De los Adarves fueron trasladados los dos vasos á una estancia del patio de los Arrayanes, y del desaparecido dice Owen Jones en 1837 que se había roto algunos años antes y que sus pedazos fueron vendidos á extranjeros.



Figura 3.ª

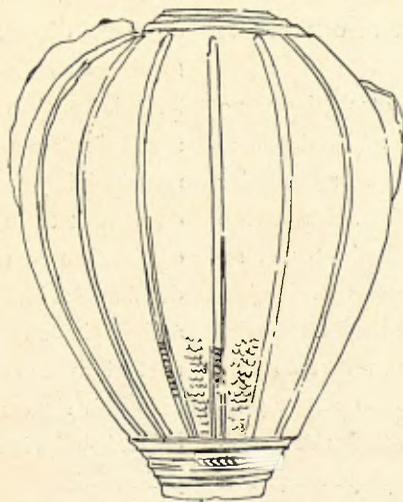


Figura 2.ª

El pintor catalán Fortuny tenía en

su colección el gran vaso de que V. habla y un fragmento notable de otro. Este fragmento (fig. 4.^a) lo he apuntado de una copia al óleo hecha sobre el natural por mi amigo Tomás Moragas, compañero del gran pintor. Medía este fragmento 0'80 m. de altura ó acaso más, y estaba barnizado de fondo blanco y pintado simplemente de azul cobalto. Adquiriolo Fortuny en Granada, allí lo copió Moragas é ignoro que se ha hecho de él al presente. Como puede V. ver, tiene también unos antilopes dibujados é inscripciones que parecen del siglo XIV, análogos á los del vaso llamado de la Alhambra.

El vaso Fortuny entero procedía del pueblo del Salar (Granada), donde servía de pie á la pila bautismal; después de muerto el pintor, lo compró en 1875 el príncipe Basilewski por 30.000 francos, pasando luego con la colección de éste, no al Museo del Louvre, como V. dice, amigo José Ramón, sino á otro mucho más lejano. Está en el Museo imperial del Ermitage, en San Petersburgo. No tengo de él más que el adjunto croquis (fig. 5.^a) copia de otro de Fortuny publicado por Iriarte. Bien he deseado tener de este vaso una fotografía y me la tenía ya prometida el director de la sección del Museo de San Petersburgo, pero le enviaron al buen señor á investigaciones arqueológicas y me quedé sin la fotografía.

Dice Iriarte que es este vaso de reflejo, rojo pálido ú oro, pero Moragas, que lo tenía muy visto, me ha dicho que es de fondo blanco y los adornos de color melado, con irisaciones que le dan como al de la Alhambra aspecto metálico. En el croquis notará V. que tiene una zona y varios rosetones decorados con caracteres cúficos.

Este vaso es también de gran tamaño; ignoro las medidas justas, pero se puede deducir su importancia por las fotografías del taller de Fortuny donde se ostenta este objeto como su mejor adorno.

No debe ser inferior al vaso Fortuny, otro del que no tengo más que un croquis rudimentario y aún lo debo á la buena amistad de Ros, el inteligente artista restaurador de la fabricación de loza dorada de Manises. Es este vaso el del Museo de Palermo. Había visto del mismo una reproducción corpórea y por lo malo de la reproducción juzgábalo yo. Pero el croquis y un calco de detalle tomados por Ros, (fig. 6.^a y 7.^a) y que reproduzco, refiérenlo á la cerámica hispano árabe y lo hacen hermano mayor y legítimo del vaso Fortuny y de la familia de los de la Alhambra y del Museo de Madrid. Lo presenta el croquis de forma y composición de masa y de galbo parecidos á los va-

sos granadinos, algo más robusto y de mayor tamaño (altura de 1'70 m.). Tiene grandes inscripciones decorativas de caracteres cúficos y presenta el mismo fondo blanco con adornos finos, puramente árabes granadinos, de colores melado y azul cobalto, como la mayoría de sus hermanos. ¿Como fué á parar á Sicilia este vaso? Yo opino que este, como todos ellos, es del siglo XIV. Acaso en la localidad tengan noticias de su historia, yo las desconozco. Pero la presencia de esta pieza regia de cerámica hispano-árabe en aquel país, no tiene nada de extraordinario. Los reyes de Aragón de la Casa de Barcelona dominaban por sí ó por una de sus ramas casi constantemente Sicilia desde el siglo XIII y la relación de amistad y alianza con los reyes granadinos durante el siglo XIV y los ricos presentes de estos constan en los archivos. Los dietarios de la época se muestran sorprendidos de la riqueza de las armaduras,

espadas y jaeces á la gineta con adornos de oro espléndidamente trabajados que, con otros regalos, traían á Juan I los embajadores granadinos, que eran recibidos por el pueblo y los concellers con mucho agasajo, amistad y gran tolerancia en sus actos religiosos. ¿Sería acaso este vaso uno de estos presentes reales de los Nazaritas á sus amigos y aliados, los príncipes de la casa de Barcelona?

Naturalmente que escluyo la teoría de la cerámica sículo-árabe que está hoy desechada para productos cerámicos de esta clase.

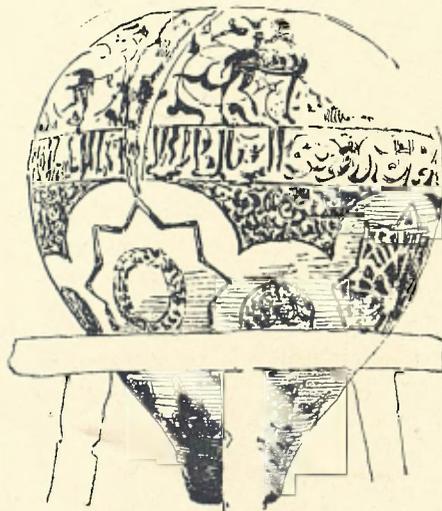
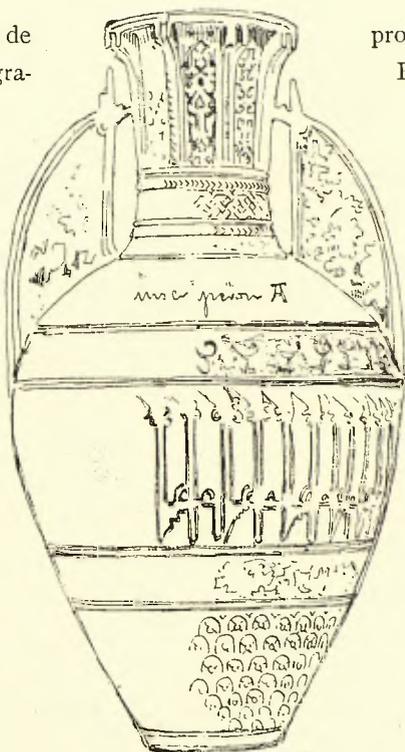


Figura 4.^a

Excluyo también la hipótesis de que pudiera ser esta soberbia pieza producto de la cerámica morisco-aragonesa cuya cabeza de producción era Manises y que se labraba también en otros varios pueblos del reino de Valencia, á los que seguían los talleres de Calatayud, Muel, etc., en Aragón, Barcelona en Cataluña y acaso Inca y algún otro en Mallorca. Aunque de todos estos puntos está perfectamente comprobada la existencia de fabricación de loza de reflejo metálico y pinturas meladas, cobrizas y azules de cobalto de ornamentación tradicional árabe en un principio y francamente góticas luego, pero conservando siempre el gusto de su origen, esta cerámica no puede confundirse en modo alguno con la granadina. No tiene de ella ni las inscripciones, ni siquiera caracteres de letras árabes, sino unos adornos repetidos imitación de aquellos, ni el adorno es tampoco propiamente árabe, sino también imitación sin carácter, que bien pronto se sustituye por cifras, inscripciones, signos heráldicos y por filetes, follajes y flores de gusto francamente gótico. Estos productos, preciosos también en su estilo, no presentan tampoco los

tamaños ni las dificultades de fabricación de los granadinos. Nacieron por influencia granadina y africana, pero entre los moriscos del reino de Aragón, bajo la protección tolerante é ilustrada de los reyes de la Casa de Barcelona, que los empleaban en sus palacios, y se extendieron sus procedimientos á los talleres de moriscos y cristianos viejos en todos estos reinos. Otro día hablaremos de esto si tengo espacio para ello.

Completo los croquis con el del vaso del Museo arqueológico de Madrid, ó de Hornos (sierra de Segura, Jaén) cuya fotografía daba V. en su artículo, pero *restaurado*, poniéndole el asa que le falta, é indicando los dibujos del adorno de las asas, que son diferentes de los de la fotografía



procurarme de él fotografía ó croquis. Para terminar, un dato. Á las noticias sobre las fábricas malagueñas de los escritores árabes, Edrisi (1), Ibn Said, Al-Maccari (2), Ibn Aljathib (3) y Ibn-Bathoutah (4) puede añadirse otra. Nuestro amigo Luis Tramoyeres, de Valencia, ha hallado en un libro de clavario del archivo municipal, de la primera mitad del siglo xv, una partida relativa á dos pomos ó esferas de remate para la cubierta de la cruz de Mislata, en el camino real, pomos que llama la partida de *obra dorada de Málaga*. De manera que tendríamos las fábricas en actividad en el mismo siglo de la conquista del reino de Granada. Pero ¿no le llama á V. la atención que en Málaga no se hayan encontrado

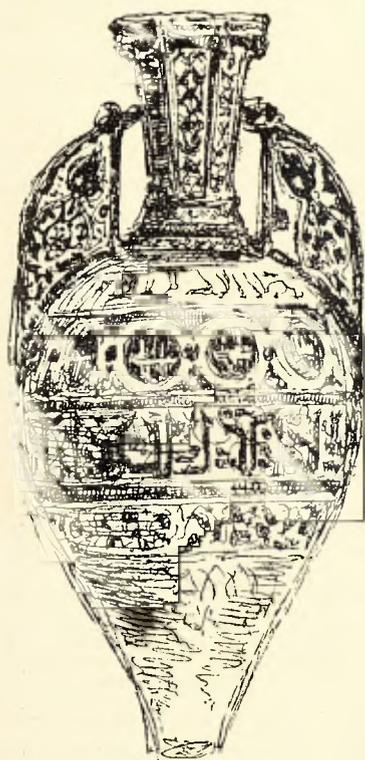


Figura 5.ª



Figura 6.ª

que V. reproduce, de otra que tengo yo y de la de «Las joyas de la exposición arqueológica de Madrid de 1892.» Está tomado el croquis del dibujo del *Museo español de antigüedades*, t. vi, p. 475, que supongo lo reproduce por el lado opuesto el de las fotografías referidas.

Y aquí acabaría sino le hubiese prometido

restos de esta fabricación? Debe haberlos. Cuando el pasado invierno estuve yo allá, inquirí de los compañeros arquitectos si en excavaciones ó derribos se hallaba algo, restos de vasijas ó lo que fuese. Algo tiene recogido alguno de ellos pero es de fábrica de Valencia y posterior á la reconquista.



Figura 8.ª

noticias de ocho vasos hispano-árabes y no las he dado más que de siete. El que falta á la lista lo cita Davillier en *L'art* (1879, t. xvii, p. 71) y lo supone en el Museo público de Copenhague. Me da vergüenza el decirlo, pero en veinte años que conozco la cita no he hecho nada por probarla, sin duda por contradecir aquello de la laboriosidad de los catalanes. Pero me sostengo en la intención de



Figura 7.ª

Tienen estos vasos aires de manufactura real. No conozco de esta fabricación sino pocos objetos pero de gran tamaño y de suma dificultad de ejecución. Piezas regias.

LUIS DOMÉNECH Y MONTANER

Barcelona 10 Octubre de 1900

(1) Trad. Dozi y Goeje, p. 230.
 (2) Ed. de Leiden, t. I, p. 124.
 (3) Segun Simonet: Descr. del R. de Granada, p. 77.
 (4) Trad. Defremery, Paris 1858.



Aquella noche fué al teatro con el corazón oprimido por horrible presentimiento, triste el ánimo, presa de mortal angustia el alma: ¡pero no había remedio!

Dejar de ir significaba perder su modesto salario, aquellos míseros cuatro reales que eran el sustento único de su casa y de los que sin duda pendía la existencia de su adorado pequeñuelo.

¡Pobre madre! Dejar á merced de una vecina el cuidado de su hijo, sublevaba su espíritu; pero era preciso, estaba obligada á *trabajar* en aquel baile, representando *la belleza* en su apoteosis, mal veladas las formas por blanca túnica, surgiendo, envuelta en vaporosas gasas, sobre áureo pedestal rodeado de ángeles.

¡Con qué majestuosa dignidad representaba *su papel*! No era posible hallar otra que la aventajase, ni que mejores condiciones reuniera; porque Amparo era hermosa, tan hermosa, que fama de serlo tenía más allá del barrio.

¡Triste hermosura que había sido la causa de su infortunio!

Y no merecía que con tanto rigor Dios la tratara. Había sido buena hija, era buena esposa y mejor madre; amaba con amor profundo á su esposo, adoraba con toda la fuerza de su corazón á su hijo, y, sin embargo, Dios la abandonaba á su tristeza, á su desesperación, á sus lágrimas que nadie enjugaba, que ninguno compadecía.

Porque Amparo era muy desgraciada. Habíase unido por amor á un hombre de clase superior á la suya, que codiciaba su belleza, y aquel hombre, conseguido el de-

seo, hastiado su voraz apetito, encenagóse en el vicio, jugó y perdió y malgastó en bacanales y orgías su pingüe patrimonio y, presa de ardores alcohólicos, caminaba á la miseria, á la desesperación, á la muerte.

Era elegante y habíase tornado asqueroso. Era pulcro, atildado, bello, y ahora malolía, repugnaba.

Nada hacía, porque nada supo hacer nunca y había establecido su hogar en el repugnante cafetuchó de sucias mesas, de viciada atmósfera, en donde se juntaba con sus compañeros de crápula y de vicio.

La pobre Amparo intentó con sus lágrimas, con sus ruegos, con su amor inmenso, apartarle de aquel camino; pero todo fué inútil: á sus lágrimas respondía él con carcajadas horribles, espantosas; á sus ruegos, con amenazas; á su amor inmenso, con insultos, blasfemias y golpes, que en silencio recibía la pobre esposa.

Tal era el hombre á quien Amparo había amado, á quien, á pesar de sus vicios, seguía amando como á padre de su hijo.

¡Pero cuán distinto era su amor presente!

Ahora sufría con resignación sus caricias: conformada con su suerte, dejábase abrazar brutalmente, recibía sin devolver sus impuros besos, y á él se entregaba como un cuerpo sin vida, con tristeza en el corazón, con desprecio en el alma, con repugnancia, con asco, cuando él reclamaba sus derechos de esposo al volver á su hogar tambaleando, ebrio, encorvado el cuerpo, amoratado el rostro, en sangre inyectados los ojos, respirando lujuria, concupiscencia, apetito de enclada bestia, convirtiendo en martirio horrible, en desesperación eterna, los dulces y apacibles goces del hogar sagrado.

Mas no era bastante este martirio, esta desesperación para la pobre esposa.

La madre sufría también otra desesperación y otro martirio más horribles, al pensar solo que su hijo, el único amor que le quedaba en el mundo, pudiera ser víctima de la enfermedad que padecía.

¡Oh! muriendo su hijo, ¡para qué vivir ella!

¡Para qué vivir ella, si moría la sola afección de su alma,

el único consuelo de su vida, la última esperanza que le sonreía en este mundo y la halagaba allá en las tristes abstracciones de su atribulado espíritu!

¡Para qué afanarse en conservar una tan maldecida existencia! ¡para qué luchar tan heroicamente, con tanto valor, con desesperación tanta, por una vida tan horriblemente triste, llena de sobresaltos, de humillaciones, si moría su hijo!

No, no: la muerte de su hijo era para ella la pérdida de la poca fe que la sostenía y alentaba; la muerte de su hijo era para ella la pérdida de la última esperanza de su corazón ultrajado y escarnecido; la muerte de su hijo era para ella la pérdida de su amor presente, único consuelo de su vida, de su amor futuro, única luz que podía alumbrar con su tibio resplandor naciente, el oscuro porvenir que entreveía en sueños, que presentía el alma; la muerte de su hijo sería también su muerte.

Tal pensaba la pobre Amparo, mientras corría temerosa de llegar tarde al teatro.

Había asistido á su pequeñuelo hasta muy entrada la noche, y después de dejarle encomendado á una vecina cariñosa, marchó á representar *su papel de belleza*, á ganar sus míseros cuatro reales.

Terminaba el segundo acto cuando Amparo entró en el escenario.

— Hola, Amparito, — la dijo el director del espectáculo, un señor de bondadosa cara y venerable aspecto. — Esta noche te has retrasado un poco, buena pieza.

— Señor, — contestó Amparo: — he estado asistiendo á mi hijo hasta el preciso instante.

— Bien, bien: hay tiempo de sobra. Y ¿cómo está tu pequeño?

— Mejor, aunque el médico dice que nada puede asegurarse por ahora, porque, en los niños, lo que parece nada puede ser mucho de un momento á otro.

— No hay que perder la esperanza. Esta noche mejor, mañana tal vez bueno.

— ¡Dios lo quiera!

— Y tu esposo ¿qué tal va?

— Señor, como siempre. — Y un raudal de lágrimas siguieron á estas palabras.

— Anda, anda á vestirme — balbuceó el viejo director con voz conmovida, — anda á vestirme y no llores, que en este mundo nada hay eterno.

Subió Amparo, secando sus lágrimas, al cuarto de las *figurantes*, y su bondadoso interlocutor, mientras se dirigía á la escena á dar las últimas órdenes para el comienzo del acto tercero, iba diciendo por lo bajo:

— ¡Lástima de chica! ¡Para eso más le valía no haberse casado!

* * *

La conclusión del baile estaba próxima.

Un telón más arriba, y la apoteosis final, con todo su esplendor de luces, de colores, de gasas, de sedas y de oro, se presentaría ante la atónita multitud que llenaba la sala.

Un cuarto de hora apenas y todo había terminado.

¡Pero qué cuarto de hora aquél! ¡Qué agitación, qué movimiento, qué ruido!

Por fin se oye una voz fuerte que domina el tumulto.

— ¡Todo el mundo á su puesto! — grita. — Y la agitación se calma, párase el movimiento, cesa el ruido y todo queda en el más profundo silencio, grato, dulce, apacible como las notas que suenan allá fuera,



suaves, melodiosas, inspiradas.

Pero nadie ha visto á un hombre sucio, desgüeñado, harapiento, que cruza tambaleando entre bastidores y llega á la última *caja* y allí queda inmóvil, apoyado en la *escala* de madera y mirando al foro con mirada estúpida.

Aquel hombre es el marido de Amparo.

Mira y mira, y al fin la reconoce, la distingue sobre su pedestal de flores, sobre su trono de gasas, rodeada de ángeles, resplandeciente de luz, espléndida de belleza, exuberante de vida y de hermosura.

Intenta adelantar hacia ella y no puede, porque se doblan sus piernas; pero puede hablar.

Y en medio de aquel religioso y profundo silencio, se oye una voz dura, estridente, aguardentosa, que hiere el

oído, que desgarrar el corazón, que hiela el alma.

— ¡Tú! — grita aquella voz, — ¡baja de ahí que tu hijo se ha muerto!

El horrible grito de Amparo, de la pobre madre, no pudo oirse.

Otro grito mayor, más agudo, fuerte y prolongado, dominó el de aquella mujer que acababa de perder la última esperanza de su vida.

El director había hecho sonar el pito, y el telón subió rápidamente.

Aquella noche todos se fijaron en *la belleza*; su inmovili-

dad era absoluta: parecía una estatua.

PEDRO BONET ALCANTARILLA

Ilustraciones de F. GONZÁLEZ



A. FILLOL GRANELL.—LA CURANDERA

REGALO á los Sres. suscriptores de HISPANIA



Con el presente número de *Hispania* empezará el reparto á los señores suscriptores del artístico regalo *La Meditación*.

Cuando á principios del año que ahora va á finir, celebró *Hispania* en el Salón Parés su primera Exposición de pinturas y dibujos originales, destinados á la ilustración y á la decoración de la revista, figuró entre las obras expuestas un bajo relieve de José Llimona que, como todas las creaciones del eminente escultor catalán, hubo de arrancar justos elogios á inteligentes y á profanos.

Representaba el bajo relieve en cuestión una de las figuras de mujer adolescente, vestidas con larga y holgada túnica, flexibles y esbeltas, espirituales y melancólicas, que, sentadas en el borde de una peña, con la cabeza apoyada en la palma de la mano, parecen soñar silenciosamente en los destinos futuros.

Pues, una reproducción, imitando mayólica azul, de aquella admirable obra escultórica es lo que, á tenor de lo ofrecido, empezamos á distribuir á nuestros abonados, en la seguridad de que sabrán considerar los sacrificios que *Hispania* se impone para complacerles en sus gustos artísticos.

Reproducción imitada á mayólica azulada del bajo relieve de José Llimona LA MEDITACIÓN

Tamaño 49 por 28 centímetros

LA CHINA MODERNA

CARTAS DE UN DIPLOMATICO A SU FAMILIA



CARTA CUARTA

Excursión á caballo.— El templo de la Campana.— Una caravana de camellos.— Encuentro con un mandarín.— Recuerdo de la niñez.— Chinos que se burlan de los europeos.— Caras de un solo molde.— Un antiguo conocido.— Las uñas del chino rico.— Una noticia alarmante.— El retrato del emperador.— Un luto nacional inoportuno.— El observatorio astronómico.— Progreso moral y material del Imperio.— Una amenaza pavorosa.

Pekin, Agosto de 1898

Á LORD ROBERTO HARRISSON, EN LONDRES

Mi buen hermano: Desde que, por mi mala suerte, estoy en Pekin, fué el día de ayer el que mejor he aprovechado. Mi cartera está llena de notas. Para Olga, mi esposa querida, reservo la mejor parte; á ti te ofrezco unas pocas, ya que continúas, según me dices, con tu afán de estudiar y de conocer, por mis modestas descripciones, la China moderna.

Por la mañana, bien tempranito, á fin de evitar las caricias del sol, que en este mes son insoportables, hice una excursión, á caballo, por las afueras de Pekin. Me acompañaban Mr. Bushell, el médico de la legación y, como siempre, el chino Chi-lou, mi secretario é intérprete, el cual se empeñó en conducirnos hasta el Templo de la Campana, que está á cinco kilómetros de la ciudad y en donde lo único digno de mención es la célebre campana de hierro, que pesa 1,250 quintales.

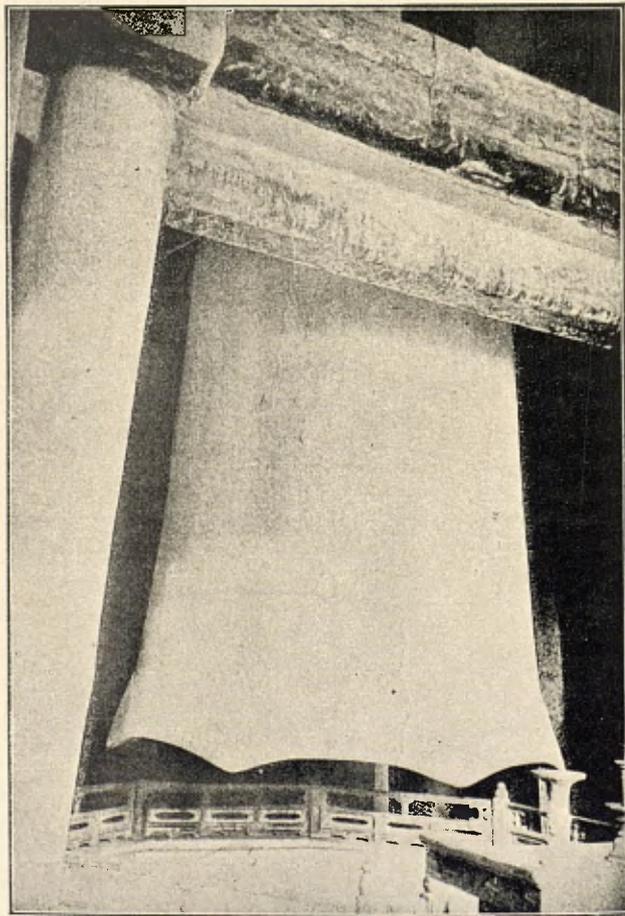
Al volver, de regreso, á Pekin, tuvimos que detenernos enfrente de la muralla para ceder el paso á una caravana de camellos, silenciosa procesión de animales monstruosos, con sus deformes jorobas, su largo y torcido cuello, sus luengas patas, que apenas dejan huella sobre la arena, su marcha rítmica, de sin igual monotonía, que marea. Uno tras otro, por una cuerda enlazados, como cuentas de un rosario viviente, iban pausadamente caminando, pareciendo, por las ondulaciones de su marcha, una culbra colosal, que, sometida, se arrastra y obedece.

Contemplando estaba melancólicamente la caravana, cuando el doctor me hizo fijar en un grupo que, ante el obstáculo de los camellos, se había detenido como nosotros. Cuatro ó seis servidores á caballo rodeaban una elegante silla de manos, por cuya portezuela asomaba el busto, cubierto de riquísima seda, un honorable mandarín. Noté que el *celeste*, durante la parada forzosa, se fijaba mucho en mí; mas hube de atribuir esto á la curiosidad que los europeos que estamos aquí inspiramos siempre á los asiáticos y que es igual á la que á nosotros suelen inspirarnos ellos cuando se pasean gravemente, con la trenza al aire y su indumentaria característica, por el parque de Greenwich.

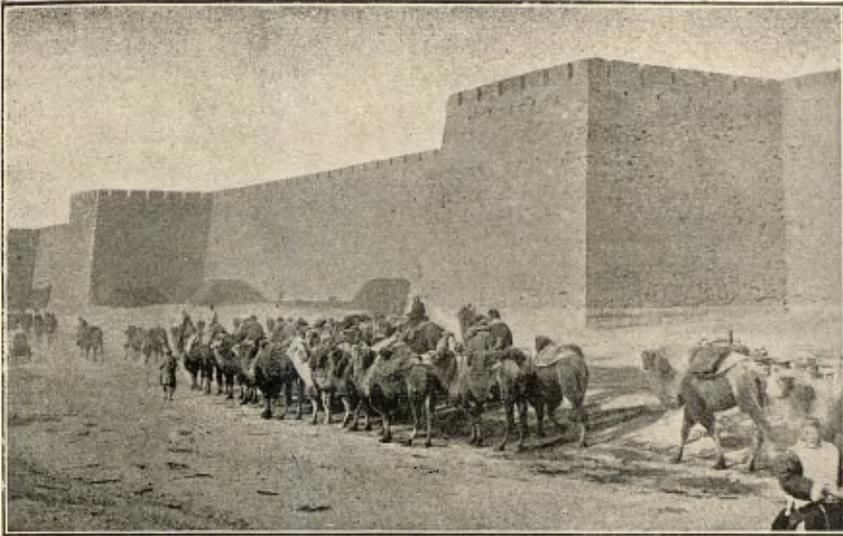
¿ Quien, siendo muchacho, no ha tenido ocasión de reírse de algun *amarillo*, de los que viajan por Europa ó pertenecen á las Legaciones del Celeste Imperio? Solemnes, entonados, enhiestos, como si fuese de hierro ó de bronce su columna vertebral, por su rostro, por su aspecto y su traje, parecen figuras de Carnaval, que no pueden

de ningún modo pasar en Europa inadvertidas. ¿ Te acuerdas?... ¡ Cuántas veces tu y yo, siendo niños, allá en « Hyde Park » ó en « Battersea, » hemos tirado de la trenza á algún magestuoso funcionario de la Legación de la China en Londres! Tú, que eras más travieso que yo — aun me parece que te estoy viendo — siempre encontrabas la manera de hacerle blanco de tus disparos de pelota ó de meterle por entre las pantorrillas tu aro, á pesar de lo cual el diplomático permanecía inmóvil y rígido, sin dignarse siquiera volver el rostro para mirar á los rapazuelos que de aquel modo turbaban la tranquilidad de sus paseos.

Pues del mismo modo que, allá en Londres, excitaban



La gran campana



Llegada á Pekin de una caravana

nuestra hilaridad las gentes de China, aquí excitamos la suya los europeos y americanos. Cada vez que pasamos por una calle populosa, los chinos se reúnen en grupos para vernos, para estudiarnos, para reírse y hacer comentarios, que, claro está, no entendemos, pero que son siempre grandemente despreciativos para los *diablos blancos*. Lo que mayormente les extraña son nuestras prendas de vestir. Nuestros pantalones sueltos (ellos se atan los suyos al tobillo), los dos botones que ostentamos en la parte de atrás de la levita y cuyo uso no se explican, tal vez con razón; nuestros fracs, chalecos, sombreros, &, &, todo esto les parece á ellos tan ridículo como á nosotros, por ejemplo, su cabeza afeitada y la famosa trenza que llevan desde el siglo XVII, en señal, según dicen, de haber sido vencidos y humillados por los mandchues.

El mandarín — volviendo á mi narración — me miraba tan atentamente, que no pude menos de extrañar la cosa. Á mi vez hube de fijarme con atención en su semblante, que me pareció igual al de todos los chinos. Y esto es muy curioso: me pasa aquí con los celestes lo que, no hace mucho, me pasaba en Jamaica con respecto á individuos de raza negra; para mí todos los chinos tienen la misma cara. Si tuviese, por casualidad, que cobrarles alguna cuenta, fácil les sería hurtar el cuerpo á mis pesquisas, pues el decirme sencillamente «Usted me confunde con otro», sería lo bastante para que no me atreviese á insistir. En Pekin — desengañante — no hay más que un molde para construir todas las caras.

El bueno del mandarín, viendo que no le reconocía, se resolvió á reconocermé. Apeándose de la silla de manos, en cuyo asiento dejó su monumental pipa de opio, y dirigiéndose á nuestro grupo, me saludó respetuosamente, en la forma que aquí se usa para saludar con respeto: esto es, jun-

tando las manos sobre el pecho, pero con los puños cerrados, que se agitan repetidas veces, al mismo tiempo que se inclina la cabeza. Yo descubrí la mía, contestando á aquel reverente saludo. Y después de un instante de silencio, me dijo en inglés:

— ¿No os acordáis, señor, de Wang-wen-chao?

— ¿Wang-wen-chao?... No recuerdo...

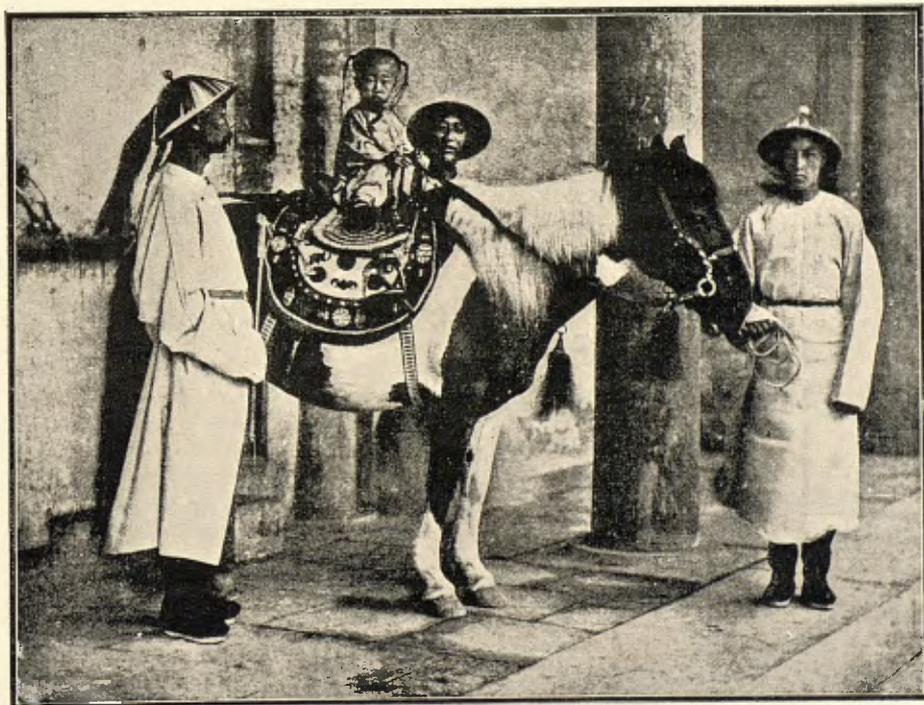
— Wang-wen-chao, vuestro amigo de Londres, á quien conocisteis, hace años, en la cervecería de Barklay y á quien visitasteis una vez en el barrio chino de Limehouse Canseway.

Difícil me hubiese sido reconocerle... ¿Te acuerdas de él? En Londres gastaba patillas, y aquí está afeitado; en Londres vestía á la europea y se recogía y se ocultaba la trenza bajo

una cabellera postiza; aquí es un chino *al natural*, con el pergenio de su país y con más trenza que un torero español. ¡El buen Wang-wen-chao!... ¡Con cuanto placer volvía á encontrarle!...

Estreché afectuosamente su mano, y gracias á tener la mía cubierta por un guante de cabritilla, no me destrozó la piel con sus uñas; porque las uñas de un chino rico ó mandarín ó simplemente letrado, dan un susto á cualquiera; se las dejan crecer y se las cuidan con esmero, y hay algunos que las llevan más largas y retorcidas que las astas de un ciervo. Y esto no lo hacen por capricho, sino por alarde de tener una desahogada posición y de no ocuparse en trabajos manuales; porque claro está que un zapatero y un albañil no podrían, aunque así lo desearan, dejarse crecer las uñas.

Después de hacerle la presentación de Mr. Bushell y de su compatriota Chi-lou, entramos todos juntos en Pekin. Íbamos hablando de política. El pobre Wang-wen-chao



Retratos del emperador Kouang-su, cuando era niño, de Li-houng-chang y de dos servidores del palacio

estaba triste y parecía preocupado. Pronto supe la causa. Había leído el día anterior en el *King-Pan*, el diario oficial del Imperio y el periódico más antiguo del mundo, la noticia de que el Emperador, el hijo del Cielo, estaba enfermo de cuidado.

— ¿Amáis mucho á vuestro emperador? — le pregunté.

— Á vos, que sois extranjero en el país, os puedo responder con franqueza. Me es indiferente que el emperador viva ó muera.

— ¿Sois, por ventura, adversario de la dinastía reinante?

— Ni adversario ni amigo. Como todos los súbditos de Konangsu, tengo en mi casa su augusta efigie. Si alguna vez me honrais con vuestra visita, veréis en mi sala principal el retrato ecuestre del emperador, hecho cuando apenas tenía año y medio de edad, y que está en compañía de Li-houng-chang, que es desde aquel tiempo el verdadero emperador.

— ¡Mi respetable amigo Li-houng-chang!

— No hay motivos para odiar ni para querer al emperador; y por eso, como os decía, me es indiferente que viva ó muera.

— Siendo así ¿por qué entonces vuestra tristeza por la noticia de su enfermedad?

— Os lo diré. Es porque tengo mi almacén lleno de tejidos de seda de varios colores, que acabo de importar. ¿No me entendéis?...

— Ni una palabra.

— Os lo explicaré. Según nuestras leyes, al morir un emperador, todos sus súbditos visten de luto, pero luto cuyas prescripciones son más rigurosas que en Europa; la corte y las señoras llevan por espacio de cien días túnicas blancas orladas de armiño, pues el blanco es el color de luto en el país; y durante el mismo espacio de tiempo, las mujeres deben abstenerse de llevar adornos en la cabeza, y los hombres de afeitarse.

— Pero eso os importará poco...

— Muy poco. Pero transcurridos los cien días, los trajes han de ser negros ó, cuando menos, oscuros, y se llevan un año entero...

— Y ¿es eso lo que tanto os preocupa?... No vale la pena...

— ¡Por Confucio! ¡No me comprendéis! ¡Toda la sedería que poseo es de color de rosa ó amarilla!...

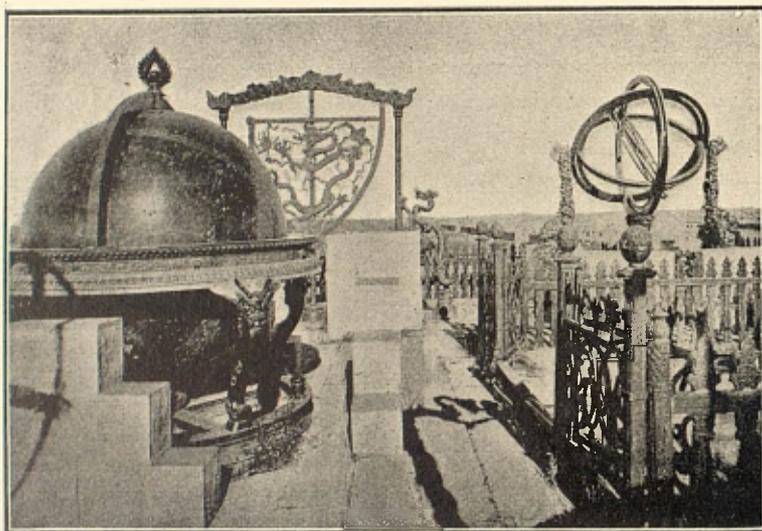
El doctor Bushell intervino en la conversación para tranquilizar al consternado mercader, diciéndole que, según sus noticias, lo que padecía el emperador no era, por fortuna, más que una simple indigestión ocasionada por un atracón de nidos de pájaros, y añadiendo que en la botánica del país había un centenar de hierbas purgantes muy á propósito para aquella dolencia. Con esto se tranquilizó el mercader, recobrando su locuacidad.

Pasábamos entonces por enfrente del observatorio astronómico, que es un instituto que honra á Pekin y que está montado con todos los adelantos modernos. Wang-

wen-chao, deteniendo su cabalgadura (no sé si te he dicho que había dejado la silla de mano y subido al caballo de uno de sus servidores) aprovechó la ocasión para celebrar los progresos científicos realizados en China mientras él se encontraba en Londres.

— No se nos conoce — decía. — Vosotros mismos, los ingleses, no concedéis á la China sino muy escasa atención y creo que ninguna simpatía; y, sin embargo, ¡cuán digno de consideración es un pueblo que, como el chino, tiene 5,000 años de existencia histórica reconocida, que ha sembrado el mundo con sus inventos seculares y que posee una constitución política y social superior á la de Rusia y aun á la de otras naciones europeas! ¿Cómo tildarnos de bárbaros con nuestra agricultura, que sabe utilizar hasta el más pequeño rincón de tierra, con nuestros campesinos sobrios, trabajadores, enriquecidos por el más gigantesco sistema de riegos que jamás se ha realizado en el mundo?

— Además — continuó — ¿sabéis cual es nuestra estadística criminal? En Hankon, ciudad de unos dos millones de habitantes, sólo hubo un homicidio en 34 años. En la provincia de Tschili, con 25 millones de habitantes, no hubo más que dos ejecuciones desde 1867; y advertid



Observatorio astronómico

que el robo, repetido tres veces, se castiga entre nosotros con pena de muerte.

— No es la China — continuó, excitándose cada vez más, — con sus 600 millones de habitantes, ese gallinero que os han pintado esos pérfidos japoneses después del traicionero golpe que nos asestaron. Hay muchas virtudes y hay mucho patriotismo entre los míos, y no está lejano el día en que, exasperados los hombres de raza amarilla por las extorsiones á que los someten ciertos individuos de raza blanca, repitan en Europa invasiones de otros siglos, menos bárbaras que las de entonces, pero mucho más formidables, porque tras la bandera del dragón irán millones de soldados.

Como ves, estuvo elocuente el comerciante chino. Aquí para *inter nos*, en muchas de las cosas que decía, tal vez tenía razón; pero ya comprenderás que, por el cargo que ejerzo y por la representación con que me honro y que él ignoraba, no me podía prestar á oírle, y menos en presencia de Chi-lou. Aproveché, por lo tanto, la primera oportunidad para despedirme y dejé entre sus uñas mi tarjeta, por la cual habrá podido enterarse, no sin asombro, del puesto que ocupo en Pekin.

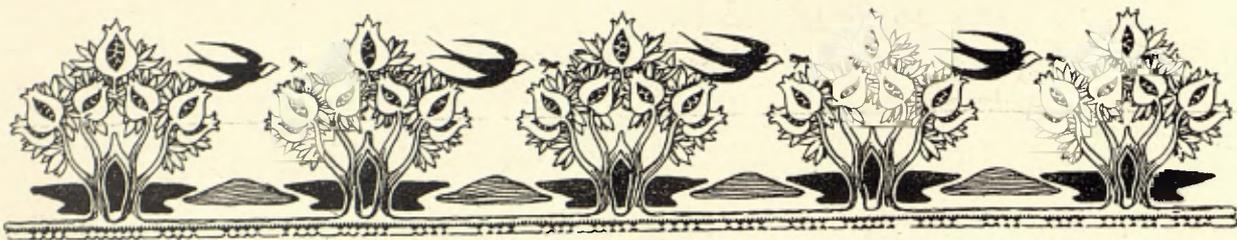
Si viene, como creo, á visitarme, ya te contaré. Y lo que es hoy, una línea más. Adios. Tu hermano afectísimo

JOHN HARRISON

Traducción del inglés por A.



FIESTA DE LA VENDIMIA EN PARÍS.— ÚNO DE LOS CARROS QUE FORMABAN PARTE DEL DESFILE ALEGÓRICO



CRÓNICA DE LA EXPOSICION DE PARÍS

SECCIONES DE ESPAÑA

Ingrata tarea la mía: la de buscar y rebuscar algo que revele esfuerzo, energía e iniciativa en las secciones españolas de esta Exposición. Dios ha dado á España un subsuelo riquísimo; nuestro país figura entre las primeras naciones mineras del mundo, y, sin embargo, la metalurgia apenas da fe de vida en las provincias mineras del norte y noroeste de la península, consintiendo el capital español que salgan anualmente por el abra de Bilbao de seis á siete millones de toneladas de mineral de hierro que nos devuelve la industria extranjera convertidas en máquina, en rail, en ténder, en cañón, en fusil... en todo lo que revela esfuerzo humano, esfuerzo intelectual que redime al hombre sujeto á la dura ley del trabajo.

En el Grupo XI y en Inválidos, en donde están las instalaciones mineras de España, y la microscópica exhibición de su grande y pequeña metalurgia, quien conozca la importancia de nuestra minería verá forzosamente que la realidad está muy por encima de la ficción resultante de haber exhibido unas cuantas instalaciones que, aun siendo importantes, no representan ni pueden representar los inmensos yacimientos de cinabrio, cobre, plomo, hierro, zinc, &c., &c., que esperan en las entrañas de la tierra española, la acción de la inteligencia y del capital que ha de hacer entrar tanta riqueza en la circulación de la vida industrial y comercial del país; y aun, así y todo, si nuestra desidia y nuestro abandono no tuvieran más consecuencias que la manifestación de nuestra impotencia, aquí, ante el mundo entero, con ser esto tan triste, la esperanza de mejores días, de generaciones más progresivas, de iniciativas más provechosas, podría consolar al que

siente las tristezas y nostalgias de una patria grande, regenerada y rica; pero, aun esta esperanza, ante la realidad se desvanece, porque nuestras mejores minas están acaparadas ya por el capital y la inteligencia de los extranjeros.

Y que esto no es una exageración, ni un sueño, lo dice el estudio somero y rapidísimo de nuestras instalaciones en el Campo de Marte y en Inválidos: Emilio Aragón ha instalado una preciosa colección de lo que llama serpentina, y que no es más que un hermoso mármol que tiene el color de dicha especie, muy distinta del mármol, como lo saben cuantos han estudiado minerales y rocas; mármol que procede de las canteras de la Dehesa de San Juan, de la provincia de Granada, y que ha sido labrado en Bélgica. La mano de obra no es española, el producto español ha ido á parar á manos extrañas, ha sido padrastró para el obrero de nuestro país.

La Compañía franco-española de las Minas de azufre de Lorca, provincia de Murcia, expositora de azufre cristalizado de primera fusión, refinado, molido y fabricado en Lorca, tiene su casa principal en la rue Trevisé, 6, París. La mano de obra, en parte, es española; el rendimiento va á París, sino todo, en parte principal.

La Compañía «La Cruz» de Linares (Jaen) presenta una gran instalación de mineral y fundición de plomo, plata y subproducto. Viven de esta mina 825 obreros, casi todos españoles, pero el rendimiento va á París, rue d'Halévy, en donde vive el presidente de la compañía, Mr. Henri de Neufville.

Las minas denominadas «Tinto y Santa Rosa», sociedad de piratas de cobre que presenta piratas de hierro y cobre, cortes geológicos del criadero, y herramientas romanas, tienen fijado su domicilio social en la rue Montagne aux Herbes Potageres de Bruxelles. No hay que preguntar donde van á parar los rendimientos de esas minas, bastante renombradas en Huelva.

La Sociedad franco-belga de las Minas de Somorrostro, que expone la especie hematites parda, con sus variedades de rubio, vena, campanil y hierro carbonatado, que presenta un cuadro gráfico, de ordenada creciente, desde 1876 hasta la fecha, en que produce ya más de 700,000 toneladas de mineral, ostenta la sugestiva leyenda que dice así: «Sociedad franco-belga de las Minas de Somorrostro, fundada por la sociedad John Cockerill de Bélgica, la sociedad Denain Anzin et Montataire de Francia y los señores Ibarra hermanos y C.^a, de España.



¿Para que fatigar más la atención de mis lectores? Lo más granado de la sección de minería española es extranjero y aun faltan en ella los cinabrios de Almadén y las piritas de Riotinto, dos enormes yacimientos, capaces, ellos solos, de enriquecer á una nación, y que hemos entregado, en horas de angustia suprema para la patria, á manos extranjeras.

Y entrando ya en otro orden de ideas, voy á hacer un brevísimo resumen de la historia de una mina, que ha hecho aquí una bonita instalación, y que es una enseñanza para las gentes de nuestro país. Existe en la provincia de Oviedo un grupo minero demarcado en Avilés, sobre el que se fundó en 1842 una sociedad denominada «El Porvenir», que ha trabajado con éxito vario y siempre creciente, á pesar de los desengaños de investigaciones deficientes y siempre difíciles, en estratos atormentados por las convulsiones terrestres.

En 1846 empezaron los trabajos de exploración en grande escala, y tropezando, por pura casualidad, con un filón de gran potencia y fuerte mineralización, la riqueza del mineral explorado fué tan grande, que sus poseedores creyeron haber descubierto el Almadén asturiano, rival soñado tantas veces, y aun no hallado, ni siquiera en California.

En el primer año de labores, el cinabrio rindió 20 por ciento de mercurio; más tarde el filón se convirtió en vena, la vena en venilla de dirección caprichosa y espesor variable, y aquel rendimiento famoso de 20 por ciento ha quedado reducido á su ínfima expresión: el cinabrio asturiano, que pareció al principio rival afortunado de Almadén, no rinde en la actualidad más de 0'70 por ciento de mercurio. ¡Qué desengaño! y no obstante, la inteligencia de los Sres. Gascue y Rodríguez, haciendo frente á una decepción tan enorme, que habría producido en otras manos el abandono de todos los cotos mineros del cinabrio asturiano, montaron un horno que calcina el cinabrio con tanta baratura y perfección, que, aun con título tan bajo de mineralización, las minas de «El Porvenir» están salvadas, y con ellas la vida de muchos obreros, y la riqueza de una comarca.

¡ Aquí están instalados y en escala reducida los hornos Gascue-Rodríguez, cuya expresión técnico-económica es fácil de consignar, pues gasta solo 3 por ciento de cok sobre el mineral calcinado, destila 17 toneladas de cinabrio en 24 horas, descargándose el horno dos veces al día, y, lo que es notabilísimo, la destilación es tan perfecta, que se hace sin dejar en las escorias la más pequeña partícula de mineral entre su masa vitrificada.

También ha venido é instalado en Inválidos la Sociedad Fábrica de Mieres, con sus productos de las minas de mineral de hierro denominadas San Pedro, Villaperi, Quirós y Naranco; de las minas de hulla presentadas en grandes bloques de hulla crasa, semicrasa y seca; de las fábricas de hierros laminados, repujados, de acero Martin Siemens, &, &, instalación digna de una sociedad que posee: Talleres y altos hornos en Mieres y Quirós, un total de 8,170 hectáreas de minas de carbón, de 2,017 de hierro, una fábrica de arsénico y mercurio; minas de calamina y sulfuro de plomo, servidas por una red de ferrocarriles de 122 kilómetros de longitud.

Junto a esta instalación en Inválidos, «La Felguera»



expone su tubería fundida en batería, llaves de paso, ruedas de acero fundido al crisol, bronces fosforosos, cambios de vía, chapas perforadas, &, &, dominando toda la instalación una campana fundida á cera perdida, que cuelga del centro del cobertizo, pesa 5,000 kilogramos, vale 100,000 francos y representa en su escultura la alegoría del Juicio final y las guerras de las Cruzadas.

Quedan aún por mencionar dos grandes instalaciones: una en Inválidos, la de Figueroa y C.^a, con su templete de plomo en lingote, y sus lingotes de plata en el Campo de Marte; y la del Círculo Minero de Bilbao, situada en la galería baja del Campo de Marte, manifestación ostentosa de la gran riqueza de mineral de hierro existente en la zona bilbaína. Los diagramas, los planos de sus cotos mineros, las fotografías de sus ferrocarriles y cargaderos, sus monolitos de mineral de hierro, de mineralización portentosa, todo bien hecho y bien presentado, revela una inteligencia que domina, y una iniciativa y un progreso que consuelan.

Después... nada ó casi nada; mucho ejemplar suelto, apropiado para museo ó colección de minerales y rocas; algo que revela ansia de reclamo, aportado aquí para despertar ideas de explotación de nuestro subsuelo, rico para el que sabe explorarlo é investigar sus ocultos yacimientos; dominando en todo el afán de hallar el capital inglés, francés ó belga que vaya á redimirmos, mediante el pago de un canon irrisorio, y de los jornales invertidos en arrancar primera materia que irá á enriquecer á los extranjeros.

Así, poco á poco, y sin sentir, nos vamos empobreciendo; así, lentamente, y por un plato de lentejas, entregamos al extranjero las riquezas de nuestro subsuelo; así, inconscientemente, torpemente, nos dejamos atar de pies y manos, dominados por gente más apta que nosotros. Dominio económico hoy, precursor del dominio absoluto que matará mañana nuestra independencia. Para España no hay más dilema que uno: despertar, reaccionar ó morir.

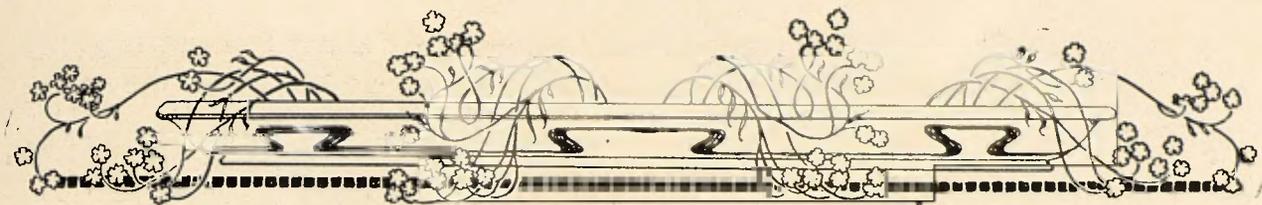
RAFAEL PUIG Y VALS



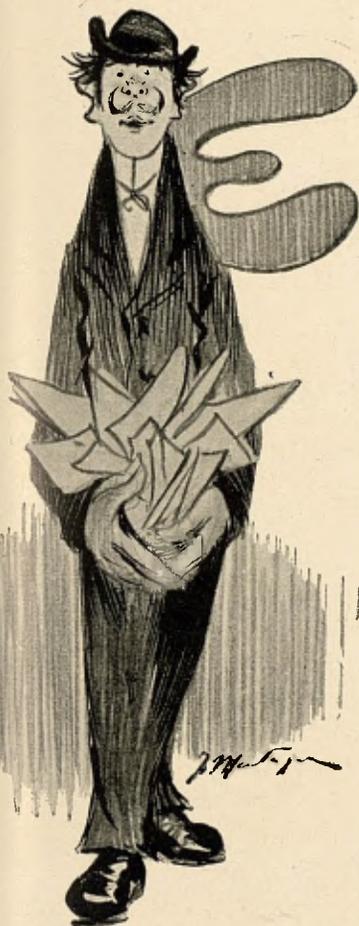
CARLOS VAZQUEZ.—BONANZA



CARLOS VAZQUEZ.—TEMPESTAD



PRONÓSTICO RESERVADO



EN un pueblo de la provincia de Teruel, de cuyo nombre no quiero acordarme, vivía el señor Romo, propietario de algunos majuelos y de tres parideras que albergaban unas seiscientas ovejas. Excusado parece decir que el señor Romo era uno de los primeros richones del lugar, y uno de los muñidores electorales del distrito, y que tanto él como la señora Colasa, su mujer, se daban aires de *principeses*, ó cosa por el estilo.

Tenían tres hijos, llamados: Pedro, Estanislao y Roque; tres zánganos que así entendían de letras como yo de ingertar albaricoques, pero á quienes, engreídos por su posición, destinaban, al uno para diputado, al otro para médico, y al tercero, que era el de menos caletre, para suceder á su padre en el cuidado de la hacienda.

Como para ser diputado no se necesita, según decía el señor Romo, sino tener veinticinco años y más votos que el contrario en la urna ó en el acta, y lo primero es cuestión de tiempo, y lo segundo cuestión de mosto y de manos ligeras, Pedro y Roque se quedaron en el pueblo, y únicamente salió de él Estanislao para seguir en la corte unos estudios que no había empezado.

Sucedía esto en aquella época de enseñanza libre que plagó á España en poco tiempo de abogados, de médicos y de licenciados en farmacia, hombres de ciencia que se dieron luego por muy satisfechos con encontrar plazas de escribiente en cualquier Ministerio con quince duros al mes, y Estanislao, que, en vez de libros, llevó á Madrid un fajo de cartas de recomendación, se licenció en Medicina en un periquete. Y no paró ahí la cosa, sino que al médico del partido á que pertenecía el pueblo del flamante émulo de Hipócrates, le armaron tal caramillo, que se vió preci-

sado á renunciar su cargo para que lo ocupase Estanislao.

El dimisionario, que se llamaba don Lucas Berruguete y que tenía berrugas en el alma, como suele decirse, juró *inspectore* que se la había de pagar el hijo del señor Romo, y al efecto se radicó en el pueblo en que había ejercido con buena mano hasta entonces. No tenía muchos recursos, que digamos, para sostenerse, pero él había observado que el maestro de escuela lo iba pasando sin cobrar sueldo en veinte meses, y dedujo que si un *dómine* podía subsistir así más de año y medio, sin poseer otra cosa que un poco de castellano y otro poco de latín, él, que traducía á Horacio y á Virgilio con igual facilidad que recetaba una purga, no habría de pasarlo peor que aquel. — El tiempo que pueda ayunar un maestro de escuela, bien lo puede ayunar un médico — se dijo don Lucas, y se quedó en el pueblo, como ya he dicho.

Transcurrieron dos meses, y la casualidad, ó el demonio que todo lo enreda, hizo que en ellos cayesen enfermos tres vecinos, y que los tres fueran al hoyo, asistidos con todas las reglas del arte por el médico novel, y esto bastó para que todos pusieran en duda la ciencia del hijo del señor Romo, precisamente cuando más necesitaba este de su prestigio, por cuanto se aproximaban unas elecciones y quería sacar diputado á su hijo Pedro.

No se durmió don Lucas en las pajas, y mientras el señor Romo iba conquistando votos en fuerza de vaciar botas, aquel le armaba la zancadilla.

Una noche, más oscura que conciencia de mercader, pues no siempre ha de ser la boca de lobo lo más obscuro, llamaron á Estanislao precipitadamente para asistir al tío Cosme, que se moría á chorros de una atraquina de caracoles, según dijo el que le llevó el aviso.

Era el tío Cosme un jornalero cargado de familia, que vivía en una escasez rayana en la miseria; así es que al entrar Estanislao en el cuarto en que aquel estaba tendido sobre un jergón y mal cubierto con una manta, no extrañó la lobreguez que allí reinaba: encendió un fósforo para examinarle con su ayuda los ojos y la lengua, y después de esto, dijo al paciente — Venga ese pulso.

Pulsó Estanislao todo el tiempo que quiso, y luego, pasando á la cocina en la que ya se podían ver las caras unos á otros, gracias al resplandor del fuego que había en



el hogar, dijo con énfasis y haciendo un gesto de desagrado:

— Como si lo viera: el tío Cosme padece de una grave indigestión, causada por una atraquina de caracoles.

— ¿ En qué lo ha conocido V. ? — le preguntó la mujer del paciente.

— ¿ En qué lo he de conocer más que en el pulso ?

— ¿ Y qué opina V. de eso ?

— Nada, por ahora: la enfermedad es de pronóstico reservado.

Una estrepitosa carcajada, una carcajada insolente y burlona seguida de otras no menos burlonas é insolentes, dejó frío al conspicuo doctor, quien, al volverse para averiguar lo que aquello significaba, vió ante sí al tío Cosme riéndose á mandíbula batiente; á don Lucas con una cara de pascua que daba gloria verle, y á tres ó cuatro gañanes de los más *corre ve y dile* del pueblo, uno de los cuales blandía un palitroque forrado con piel de conejo y rematado en una mano grotescamente labrada. Aquel era el pulso que había tomado Estanislao; el pulso revelador de la indigestión de los caracoles; el pulso que, tras detenido examen, le había

hecho decir que la enfermedad era de pronóstico reservado.

Cerciorarse Estanislao de la verdad del caso, y salir de allí más corrido que una mona, todo fué uno: divulgóse por el pueblo la noticia; achacóse á ignorancia del médico la muerte de los tres enfermos que asistiera; hicieronse comparaciones; subió hasta las nubes el crédito de don Lucas y con él su influencia en el pueblo; dejó caer esta en el platillo de la balanza electoral, en sentido opuesto al hijo del señor Romo; fué vencido este en las urnas á pesar de sus trapacerías, y volviéndose las tornas, como es de cajón, fué repuesto don Lucas en su cargo de *Titulao*; considerado desde entonces como *cacique*, y árbitro en lo sucesivo de las elecciones en el pueblo; pero tuvo el buen sentido de no aparentarlo ni de vanagloriarse de ello; así es que, cuando en vísperas de lucha electoral se le preguntaba si consideraba seguro el triunfo de tal ó cual candidato, contestaba invariablemente, con gran mortificación del Sr. Romo y de sus adeptos.

— ¡ Hombre, hombre l diré á V.: eso es de pronóstico reservado.

CAMILO MILLÁN

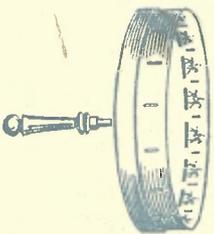
Ilustraciones de MONTAGUD



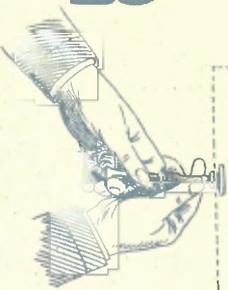
PLAFÓN DECORATIVO



40 piezas azulejos cartón piedra, en colores y relieve. Tamaño natural: 1^m X 1'60



ANIMATÓGRAFO FAMILIAR



Ingenioso juguete que permite estudiar el movimiento de las personas y de los animales.

Los adultos admirarán en él una nueva aplicación de la fotografía animada, á los artistas les permitirá el estudio de varios movimientos y para los niños es un juguete entretenido é instructivo.

PRIMERA SERIE



CON DOCE COLECCIONES DE FOTOGRAFÍAS INSTANTÁNEAS

Bailarina, Soldado, Caballo al paso, Caballo al trote, Caballo al galope, Caballo alta Escuela, Cabra Saltando, Elefante, Dromedario, Anade volando, Perro Danés al galope, Cigüeña andando.

Hállase de venta en las principales librerías y en las tiendas de juguetes al precio de

Cuatro pesetas.

Se remite por correo certificado contra el recibo de 4'75 pesetas en sellos ó libranzas del giro mutuo.



A los corresponsales que pidan 4 ejemplares de una vez se les mandarán francos de porte.